

Violencias, injusticias sociales y alternativas frente a la pandemia de 2019

Violence, social injustice and alternatives for 2019 global pandemic

Adriana Franco Silva

Abstract

The Covid-19 pandemic allowed us to perceive the inequalities and violence on which the international system is sustained. Although the SARS-CoV-2 virus rapidly spread to become a global health threat, the implications and ways of responding to it and living with the pandemic were different based on the axes of capitalist domination that run through various corporalities.

What were the main consequences of the spread of the virus for historically marginalized groups? What alternatives were proposed by the communities to organize and survive in the face of the exacerbation of violence and injustice? Throughout the text, it is recognized that migrant populations and racialized, feminized and impoverished sectors were the most affected by Covid-19, despite the fact that the deaths were concentrated in developed countries. This, due to the exacerbation of inequalities and violence that are anchored in bodies through the intersection of oppressions.

Resumen

La pandemia de la Covid-19 nos permitió percibir las desigualdades y violencias en las que se sustenta el sistema internacional. Así, aunque el virus del SARS-CoV-2 se expandió rápidamente para convertirse en una amenaza sanitaria global, las implicaciones y formas de responder y vivir con la pandemia fueron diferenciadas en función de los ejes de dominación capitalistas que atraviesan a las diversas corporalidades.

¿Cuáles fueron las principales consecuencias de la propagación del virus para los grupos históricamente marginalizados? ¿Qué alternativas se propusieron desde las comunidades para organizarse y subsistir frente a la agudización de las violencias e injusticias? A lo largo del texto se reconoce que las poblaciones migrantes y los sectores racializados, feminizados y empobrecidos fueron los más afectados por la Covid-19 a pesar de que los decesos se concentraron en países desarrollados. Lo anterior se entiende debido a la agudización de las desigualdades y violen-

Faced with the deepening injustices, these groups organized themselves putting the community at the center. The proposals for subsistence and collective care were key to this, also, their implications for the social and environmental fabric invite us to reflect on them to transform the system.

Keywords: Covid-19, violences, migration, women, community

cias que se anclan en los cuerpos a partir de la intersección de opresiones.

Frente a la profundización de las injusticias, estos grupos se organizaron poniendo en el centro a la colectividad. Las propuestas desde la subsistencia y el cuidado colectivo fueron claves para esto. Asimismo, sus implicaciones para el tejido social y ambiental nos invitan a reflexionar en torno a ellas para transformar al sistema.

Palabras claves: Covid-19, violencias, migración, mujeres, comunidad

También esta oscuridad pasará.
Volveremos a vernos una y otra vez,
y hablaremos sobre la oscuridad y el alba,
cantaremos y reiremos, tal vez incluso nos abracemos.
Naturaleza y conciencia unidas en un abrazo verde,
celebrando cada latido de una existencia común,
redescubierta y apreciada de veras
a la luz de la oscuridad y el nuevo amanecer¹.

-Ngugi wa Thiong'o

Introducción

El sistema-mundo moderno capitalista se ha construido y consolidado a partir de las desigualdades, debido a que la acumulación ilimitada de riquezas finitas es insostenible sin la disparidad social. Desde su origen, este sistema se dispuso como una estructura afianzada en dualismos que han garantizado el poder y desarrollo de una pequeña élite. La modernidad ha producido escisiones que garantizan la dominación de ese sector a partir de la subordinación de aquellas y aquellos que son representados como ajenos o diferentes al ideal del sujeto de la modernidad. Para este ordenamiento excluyente, la división central es la que se da entre lo humano y la naturaleza (Haraway, 1991; Lugones, 2011). De hecho, la subordinación de ciertos grupos poblacionales se ha basado en su relación con lo natural. Por ejemplo, las personas negras y las mujeres han sido representadas como seres cercanos a la naturaleza y, por lo tanto, ajenas a la humanidad civilizada.

El desarrollo capitalista ha sido posible, entre otros elementos, debido a la acumulación de riquezas, explotación de la tierra y expoliación de grupos particulares. De hecho, la modernidad se

¹ Este es un extracto del poema *El amanecer de la oscuridad*, escrito por Ngugi wa Thiong'o durante la pandemia.

fundó con la dominación y el control del hombre² sobre la naturaleza (Echeverría, 2009). Por eso, ha sido representada como un objeto al servicio de las necesidades del hombre y no como una sujeta activa en las relaciones que tenemos con los demás seres de este planeta. No obstante, y a pesar de esa diferenciación, los seres humanos somos parte de la naturaleza. De hecho, el origen de la Covid-19 está estrechamente vinculado con la explotación y ocupación territorial de diversos biomas por parte de los seres humanos. Por esa razón, la pandemia también debería ser pensada como una invitación para modificar las dinámicas que tenemos con los seres y elementos que consideramos no-humanos.

A finales del año 2019, en China, se registraron los primeros casos de una nueva enfermedad asociada con un virus de la familia de los coronavirus. El SARS-CoV-2, que produce la afección de la Covid-19, se extendería rápidamente por otras regiones del mundo, lo que la convertiría en una pandemia de preocupación global. Pronto, la Covid-19 evidenciaría y profundizaría las violencias y desigualdades en contra de los cuerpos que históricamente han sido disociados de la humanidad, o los que se representan como no-productivos en relación con las formas capitalistas de acumulación. No obstante, a pesar de las narrativas dominantes, la Covid-19 también ha promovido la reflexión en torno a los sistemas de opresión y a los modos de vida del capital.

Por esa razón, el planteamiento central de este texto es que, a pesar de que la pandemia es un problema global, sus implicaciones han sido diferenciadas debido a la posición que ocupan las personas en relación con los ejes de dominación del sistema, como la raza, la clase, el género y la nacionalidad. Asimismo, las propuestas de las personas marginadas para hacer frente a la difusión del virus se han centrado en la organización colectiva y en el énfasis de lo común para cuidarse y contrarrestar las dificulta-

2 Se utiliza el término “hombre” para enfatizar que el punto de enunciación de la modernidad colonial capitalista era masculino. De hecho, el control y dominación de la naturaleza era también trasladado al cuerpo de las mujeres. Así, la modernidad se instauró como un proyecto que objetivaba y excluía tanto a la naturaleza como a las mujeres de las relaciones “humanas” por la asimetría de poder.

des sociales agudizadas por la enfermedad. Estas proposiciones nos han permitido identificar algunas pistas para imaginar y diseñar un mundo distinto, en el que no prime la acumulación ni la subordinación y eliminación de lo diferente.

Para esto, primero se mencionarán algunas de las desigualdades impuestas por la Covid-19 a nivel mundial, enfatizando el discurso militar de la amenaza y la profundización de las injusticias por razón de clase y raza. Posteriormente, se analizarán las implicaciones de las medidas sanitarias por el cierre de trabajos, fronteras y la restricción a la movilidad para las poblaciones migrantes. Después, se enunciarán algunas de las consecuencias de las medidas de confinamiento para las mujeres. Finalmente, se estudiarán ciertas propuestas que surgieron desde la organización social y comunitaria para sobrevivir a la enfermedad desde la empatía y la solidaridad. A lo largo del texto, no se hará énfasis en un país o región particular, sino que se recuperarán diversos ejemplos a nivel internacional para fortalecer la idea del riesgo global con consecuencias diferenciadas.

Lo que la pandemia evidenció

La expansión del SARS-CoV-2 visibilizó y agudizó las violencias y desigualdades estructurales a nivel mundial. No obstante, la Covid-19 también marcó un momento decisivo para la bifurcación sistémica. En ese sentido, algunas y algunos analistas plantearon que la enfermedad normalizaría el estado de excepción como paradigma gubernamental, debido a las limitaciones de movimiento poblacional y al estado de miedo impuesto a partir de la idea de la amenaza al contagio (Agamben, 2020). Por otro lado, había quienes argumentaban que la enfermedad nos uniría a partir de diferentes formas de solidaridad y cooperación (Žižek, 2020). Así, algunas personas sugerían un escenario de mayor control y represión estatal, mientras que otras señalaban que la crisis sanitaria nos permitiría construir alternativas para destruir al

capital. Estas propuestas no eran excluyentes. De hecho, ambas han convivido de manera simultánea durante la pandemia.

Prácticamente, desde el inicio de la pandemia, la alocución militar para “combatir” al virus fue la predominante. En los discursos de organismos internacionales y gobiernos nacionales se mencionaba incluso que las y los demás eran una amenaza latente para nuestra seguridad. Esto no sólo reflejaba el discurso dualista en torno a la alteridad, sino que permitía justificar las violencias y desigualdades en contra de las demás personas. En muchos casos, la vigilancia policiaca se interiorizó en las sociedades, porque al representar a la otredad como un riesgo a la salud, también se planteaba la necesidad de controlar sus prácticas para no evitar el contagio. Así, limitar la agencia de las personas no se concebía como una violación a sus derechos, sino como una necesidad para contener la propagación del virus.

El SARS-CoV-2 pronto se convirtió en una enfermedad que amenazaba la seguridad internacional. Por esa razón, las restricciones no sólo se impusieron en espacios nacionales, sino que trascendieron las fronteras. Sin embargo, a pesar de que la pandemia se moldeó como un riesgo global, sus consecuencias y las implicaciones de las medidas sanitarias estuvieron atravesadas por la pobreza, la racialización, la sexualización, entre otras. Aunque se han estandarizado algunas recomendaciones para contener la enfermedad —como el uso de mascarillas, el lavado de manos y el confinamiento—, no todas las personas han podido seguir las indicaciones por sus realidades socioeconómicas; algunos casos, inclusive, estas sugerencias se contraponían a sus formas de subsistencia.

Una de las principales estrategias para reducir el riesgo de contagio fue el confinamiento. No obstante, no todas las personas podían quedarse en casa. El trabajo dentro de los hogares fue una alternativa para algunos sectores poblacionales, pero no todos tenían la posibilidad de laborar desde sus hogares y recibir una remuneración, la cual es fundamental para sobrevivir en este sistema. De hecho, en el Sur global, muchas personas no

tenían un empleo fijo o formal y si lo tenían, era indispensable que salieran para conservar su trabajo y subsistir. En Sudáfrica, por ejemplo, el 40% de las personas estaban desempleadas durante el contexto de la pandemia (Alexander, 2020: 230). Por eso, repensar el contagio, autogestionarse y desobedecer las normas impuestas desde posiciones de privilegio se dispuso como una alternativa de supervivencia (Galindo, 2020).

Aunque todas las personas corren el riesgo de ser contagiadas, la recuperación y las implicaciones de la enfermedad son diferenciadas, lo cual está estrechamente relacionado con los ejes de dominación que atraviesan los cuerpos de las personas en el sistema capitalista, como la clase, la raza, el género y la nacionalidad.

Las violencias estructurales —como la pobreza y las desigualdades impuestas por el racismo institucionalizado y la criminalización de poblaciones migrantes y empobrecidas— también influyeron en la posibilidad de acceder a los servicios médicos y de salud. Según datos de la Oficina Nacional de Estadística de Reino Unido, las personas con privaciones socioeconómicas tenían el doble de posibilidades de morir por Covid-19 que las demás (McCann y Matenga, 2020: 163). Por su parte, en Estados Unidos, la tasa de mortalidad por Covid-19 de las poblaciones negras era 49% más elevada que la de las poblaciones blancas; mientras que la de las poblaciones indígenas y latinas era 40 y 23% más alta respectivamente (Ahmed y Jackson, 2021: 50-51).

De acuerdo con datos de la OMS, América y Europa concentraban el 68% de los casos acumulados de Covid-19 confirmados para mediados de octubre de 2021. No obstante, la manera en la que la mayoría de la población de esta región se ha cuidado y protegido frente a la enfermedad ha sido muy diferente a las estrategias implementadas en otros espacios geográficos, los cuales no cuentan con la infraestructura necesaria para poner en práctica las medidas recomendadas por la organización. Por ejemplo, la limpieza constante de manos fue una de las principales sugerencias para reducir el riesgo de contagio por el coronavirus SARS-CoV-2. No obstante, en 2019, la mitad de la población de África

subsahariana no tenía acceso a agua potable (ACNUR Comité Español, 2019), lo que se convirtió en un reto importante para proporcionar salud y bienestar en un contexto de pandemia.

Esta situación no es exclusiva del continente africano, ya que en algunas zonas de América Latina y el Caribe también se han enfrentado a problemas estructurales para contener los contagios. En las favelas y periferias brasileñas, por ejemplo, la precarización de las instituciones sanitarias era una constante desde antes de la pandemia. Aunque las recomendaciones de la OMS buscaban disminuir la transmisión de la enfermedad, estas no consideraban las particularidades materiales y culturales de los diferentes espacios del orbe. De hecho, estas se basaban en enfoques individualistas que pocas veces coincidían con las formas de vida de las comunidades.

El aislamiento social en las favelas es inviable, tanto desde el punto de vista de la vivienda como desde el punto de vista de las formas de vida que, a diferencia de las clases medias y altas, tienen la costumbre de expandir la casa más allá de sus paredes. Sobre la necesidad de “lavarse las manos”, la pregunta sin respuesta es ¿con qué agua? El derecho al agua no es una realidad para muchos habitantes de barrios marginales y periféricos (FASE Río de Janeiro, 2020: 128).

Por si esto fuera poco, el 81% de los trabajadores a nivel mundial comenzaron a tener menos ingresos debido a la recesión de la Covid-19, de acuerdo con datos de la Organización Mundial del Trabajo (OMT). Frente a esta situación, diversos países otorgaron paquetes de estímulos para apoyar a las economías locales. Sin embargo, estos proyectos también fueron diferenciados de acuerdo con las capacidades económicas de los Estados. Mientras que estos paquetes representaron una media del 8% del Producto Interno Bruto (PIB) entre las principales economías capitalistas, en África apenas alcanzaron el 0.8% (Ossome, 2021: 68-69). Asimismo, quienes se dedicaban a la llamada economía informal fueron

los sectores más afectados por las medidas de cierre, los cuales ni siquiera podían acceder a estos estímulos.

Las desigualdades e injusticias durante la pandemia no sólo se reflejaron en el acceso a recursos esenciales para la supervivencia humana sin la enfermedad, como es el caso del agua, sino también en la posibilidad de acceder a medicamentos y vacunas para la contención y posterior prevención de la enfermedad. Para mediados de octubre de 2021, más del 50% de las y los habitantes de Europa, Estados Unidos y Canadá estaban completamente vacunados —con dos dosis en los casos de las vacunas que lo requieren—, mientras que en África este porcentaje era menor al 7%. En América Latina, esta proporción era ligeramente mayor al 40%. No obstante, las desigualdades al interior de la zona eran abismales. Por ejemplo, en Chile el 76% de la población había sido completamente vacunada, mientras que en Nicaragua y Haití estos porcentajes correspondían al 5 y el 0.2% respectivamente (Holder, 2021).

En términos generales, podemos darnos cuenta de que las implicaciones de la pandemia y la forma en la que se han podido gestionar los cuidados están atravesados por la interseccionalidad, es decir, por la manera en la que los diferentes sistemas de opresión convergen para determinar las oportunidades que las personas pueden o no tener (Crenshaw, 1991). Dentro de estos sistemas, la nacionalidad ha sido un eje fundamental, debido a que esta puede determinar quiénes tienen acceso a derechos básicos y quiénes no. Así, a pesar de que se menciona que los derechos humanos son universales, estos no han sido garantizados para todos los cuerpos, sobre todo en el contexto de la pandemia.

“Quédate en casa y no vengas a mi país”

La globalización en el contexto neoliberal ha promovido la apertura de las fronteras para los intercambios de bienes y mercancías. Sin embargo, este planteamiento no ha sido aplicable para las

personas. De tal suerte que aunque se aboga por el libre flujo comercial, se restringe la movilidad de las poblaciones bajo el argumento de la seguridad nacional; en el contexto de la pandemia de la Covid-19, esta premisa se reforzó para regular el desplazamiento de las personas justificándose en la contención de la enfermedad.

El virus SARS-CoV-2 es el primero que se planetariza con tanta velocidad, lo cual no se puede entender sin los procesos actuales de globalización. No obstante, la respuesta de la mayoría de los gobiernos fue el cierre de fronteras para evitar que el virus, representado como un enemigo extranjero que no respeta límites, ingresara a los diversos territorios.

Estas acciones han fortalecido los discursos de criminalización contra la población migrante y justificado la militarización de las fronteras, pero la vigilancia y rearme de los límites territoriales no es un proceso nuevo; de hecho, este se ha incrementado prácticamente desde inicios del siglo XXI (Jeandesboz y Pallister-Wilkins, 2016). No obstante, la pandemia ha sustentado ese reforzamiento. Así, las y los migrantes no sólo han sido representadas como una amenaza para la protección y la economía de los connacionales, sino también como un riesgo sanitario. El planteamiento ahora no sólo es que las y los migrantes están “quitando trabajos” a los ciudadanos de los países de destino o que llegan a “cometer delitos”, sino que también son simbolizados como “armas biológicas” que deben ser expulsadas.

La estigmatización contra las y los migrantes dificulta la empatía y solidaridad de los grupos nacionales, profundizando la vulnerabilidad de estas personas. De acuerdo con información de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) (s.f.), en el contexto de la pandemia, la población migrante no ha tenido garantizado el acceso a agua potable para mantener las medidas de higiene básicas. En algunos casos, tampoco han podido acceder a servicios médicos por no tener papeles. Además, en las casas de migrantes, los campos de refugiados y los centros de detención, no se ha podido mantener la distancia necesaria para

reducir la posibilidad de transmisión, debido al hacinamiento de migrantes en estos espacios.

La OIM también señala que muchas y muchos migrantes no han podido acceder a información en su lengua, lo cual, en el contexto de la pandemia, puede convertirse en una amenaza para su vida. Asimismo, las y los migrantes han tenido que hacer frente a las medidas sanitarias impuestas por el cierre de actividad y por las restricciones a la movilidad, lo que les ha obligado a regresar a sus hogares, permanecer más tiempo en espacios de tránsito y, en general, a poner en riesgo sus vidas .

Si bien el cierre de las fronteras ha exacerbado las condiciones preexistentes de precariedad vivida y desigualdad social para una gran cantidad de migrantes documentados de bajos salarios, para los migrantes indocumentados esta restricción a veces ha sido catastrófica, lo que ha resultado en más violaciones de sus derechos, aislamiento y desplazamiento, dejando a los migrantes atrapados en el limbo, en las fronteras sin acceso a tratamiento médico, refugio e incluso alimentos (Suhardiman, et al., 2021: 92).

Con el cierre de las actividades comerciales, un porcentaje considerable de la población migrante quedó sin trabajo y, por lo tanto, sin fuente de ingresos; exigir apoyos gubernamentales era poco probable, ya que la mayoría no contaba con contratos laborales. Así, “mientras que los trabajadores migrantes pobres fueron efectivamente expelidos de sus hogares en las ciudades y pueblos, expulsados por empleadores y terratenientes, y obligados a caminar de regreso a las aldeas de las que habían emigrado; muchos murieron en el camino” (Kay, 2020: 887). Algunos otros quedaron varados en las fronteras, en centros de cuarentena que no estaban acondicionados para recibirlos, por lo que permanecían en un limbo jurídico en el que ningún Estado se hacía responsable de su protección. En el caso de Centroamérica y Norteamérica, la pandemia justificó el reforzamiento de la militarización de las fronteras para regular los flujos de personas y permitió miles de detenciones y deportaciones arbitrarias.

Las autoridades de inmigración fronterizas han utilizado regulaciones como la Orden de Salud Pública relacionada con COVID-19 —bajo el Título 42 de la Ley del Servicio de Salud Pública de los Estados Unidos, emitida en marzo de 2020—, para expulsar de manera sistemática y arbitraria a las personas consideradas en riesgo de transmitir enfermedades en suelo estadounidense (Vilches et al., 2021: 1)

Sin embargo, más que garantizar la salud de las poblaciones locales, lo que se buscaba era implementar una estrategia para contener la movilidad de las poblaciones migrantes, principalmente centroamericanas, que se dirigen hacia Estados Unidos. Desde 2018, las personas que atraviesan estos territorios, huyendo de las violencias e injusticias estructurales, habían adoptado una nueva estrategia por la necesidad de trasladarse en familia y para enfrentar la represión del tránsito: migrar en caravana. No obstante, el coronavirus fue un discurso perfecto para desplegar una estrategia militar que tuviera la capacidad de frenar estos flujos migratorios.

En Centroamérica y Norteamérica, la migración descendió durante 2020, lo cual se vincula con el cierre de las fronteras y el temor a enfermar. Sin embargo, a partir de octubre de ese mismo año, el porcentaje de migrantes que se encontraban en México con el fin de llegar a Estados Unidos se había incrementado de forma considerable (Vilches et al., 2021: 6). En seguimiento a los acuerdos con Estados Unidos, el gobierno mexicano ha respondido a este aumento por medio de la violencia y la criminalización. Tapachula, Chiapas, por ejemplo, se convirtió en una ciudad para la retención de las personas solicitantes de asilo. A pesar de esto, la población migrante no ha sido pasiva ante la represión y sigue organizando caravanas y manifestándose para poder continuar su camino en colectivo (Mariscal, 2021).

Por su parte, en el Mediterráneo, el cierre de fronteras también implicó que las poblaciones migrantes quedaran varadas tanto en los países de destino como en los de tránsito. Las medidas aplicadas por la Unión Europea fortalecieron la militarización de las

fronteras, poniendo en mayor riesgo a las poblaciones migrantes. Asimismo, con el establecimiento de más controles migratorios en la región sahariana de África, las redes que se benefician de los flujos migratorios se han adaptado para seguir manteniendo sus ingresos a costa de la seguridad de las y los migrantes, quienes se ven obligados a optar por rutas menos conocidas y más peligrosas (Maunganidze y Abebe, 2020: 8).

En el sur de Asia, algunos países garantizaron que las poblaciones migrantes mantuvieran un empleo, como en el caso de Singapur. A pesar de esto, la mayoría de las personas migrantes ya no podía extender sus jornadas para generar ingresos que pudieran ser enviados a sus familiares (Suhardiman, et al., 2021: 92). Algunos migrantes lograron llegar a sus países de origen, dependiendo por completo de la ayuda de sus familiares y transformando las relaciones de sustento que se habían generado con las remesas. Algunas de estas personas intentaron apoyarse del trabajo agrícola para vender los alimentos que producían, pero las restricciones a la movilidad obstaculizaron estas alternativas de supervivencia (Suhardiman, et al., 2021: 92-97).

Asimismo, los discursos de odio y racismo en contra de la población migrante se fortalecieron durante la pandemia. En China, en la ciudad de Guangzhou, las autoridades impulsaron alocuciones que sustentaron las violencias en contra de estudiantes de África occidental, quienes fueron expulsados de sus casas y a quienes se les negaba el acceso a ciertos espacios porque se asumía que tenían la enfermedad y contagiarían a la población local (Castillo y Amoah, 2020: 560). El discurso parece infundado si consideramos la hipótesis de que el virus se originó en China. Sin embargo, este ejemplo muestra que la criminalización de las y los migrantes no sólo está atravesada por la nacionalidad, sino también por la clase y la raza.

Las implicaciones de las medidas de confinamiento no sólo pasan por los cuerpos de las y los migrantes, sino que se extienden a sus familiares, sobre todo en los países que tienen una fuerte dependencia a estos ingresos. Para 2021 se proyectó que habría

una disminución porcentual del 14% en ingresos por remesas, y aunque se espera que estas comiencen a incrementarse, el proceso será paulatino. Otro elemento que ha sido considerablemente afectado por la pandemia es la entrega de asistencia humanitaria para personas refugiadas y desplazadas. Asimismo, estas poblaciones se han visto afectadas por la suspensión de su reasentamiento (Maunganidze y Abebe, 2020: 11), como lo ejemplifica el caso mexicano.

Quédate en casa con tu agresor y realiza las labores domésticas

Los impactos de la pandemia también tiene un sustento de género. Las violencias contra las mujeres no nacieron con la pandemia, pero sí se profundizaron durante ese contexto. En ese sentido, a pesar de que las estadísticas han demostrado que ha habido más decesos masculinos por Covid-19, las mujeres han sufrido las consecuencias secundarias de la enfermedad. Esto se ve reflejado en el incremento de las tareas de cuidado no remuneradas, en la violencia doméstica, entre otras.

De acuerdo con datos de Naciones Unidas, la violencia doméstica aumentó en todo el mundo durante la pandemia, especialmente durante el periodo de confinamiento. A finales de marzo de 2020, las llamadas de emergencia por violencia doméstica en Reino Unido se incrementaron en un 65% y en Malasia y Líbano, se duplicaron. En México, la atención brindada a las mujeres por violencia de género aumentó en un 70% (ONU Mujeres, 2020). Por su parte, los reportes de violencia durante el encierro en Singapur se incrementaron en un 137% y en Indonesia, los casos de violencia doméstica se triplicaron dos semanas después del inicio del confinamiento (Nanthini y Nair, 2020: 4-5). A pesar de que estas cifras son alarmantes, es posible que estén subrepresentadas, debido a que no todas las mujeres que sufren estas agresiones quieren o pueden denunciar.

Aunado a la profundización de las violencias en el hogar, con el cierre de guarderías, escuelas y hogares para personas mayores, los trabajos de cuidados también se multiplicaron y estos tuvieron que ser asumidos, en gran medida, por las mujeres. La división de género en el sistema capitalista “sostiene que las mujeres están naturalmente mejor dotadas para llevar adelante el cuidado de los niños y niñas y, por extensión, esto les otorga una ventaja comparativa para proveer de cuidado a otras personas, incluyendo a los mayores y enfermos y, de paso, al resto de los adultos de los hogares” (Rodríguez, 2007: 231). En promedio, las mujeres dedican el triple de tiempo en tareas domésticas no remuneradas en comparación con los hombres, y durante el confinamiento por la Covid-19, no hubo mayor igualdad en la distribución de estas labores (United Nations, 2021).

Así, la pandemia evidenció la incompatibilidad de los trabajos de cuidado³ y los horarios del capitalismo (Batthyány, 2020). Con el mandato de quedarse en casa, los límites tanto espaciales como temporales de los quehaceres de las mujeres se difuminaron. Durante el confinamiento y el cierre de las instituciones sociales, el incremento de las labores de cuidados fue central para el capitalismo, porque este sistema no se sostiene sin el trabajo doméstico no remunerado, que reproduce y mantiene la fuerza de trabajo necesaria para su reproducción (Kay, 2020: 885).

Desde hace ya varias décadas, las economistas marxistas han señalado que “la acumulación capitalista es estructuralmente dependiente de la apropiación libre de inmensas cantidades de trabajo y recursos que deben aparecer como externalidades al mercado, como el trabajo doméstico no remunerado que las mujeres proveen” (Federici, 2019: 703-704). Con la Covid-19, el incremento de las labores de cuidados fue funcional para man-

3 De acuerdo con Rodríguez (2007): “Asociarle al término cuidado el concepto de economía implica concentrarse en aquellos aspectos de este espacio que generan, o contribuyen a generar, valor económico. Es decir, lo que particularmente interesa a la economía del cuidado es la relación que existe entre la manera en que las sociedades organizan el cuidado de sus miembros y el funcionamiento del sistema económico” (p. 230).

tener el bienestar social frente al cierre de diversas instituciones de seguridad pública, pero en lugar de que esto se acompañara de un reconocimiento y diálogo para la redistribución, lo que se produjo fue la profundización de las violencias —estructurales, simbólicas y directas— contra las mujeres alrededor del mundo debido al sexismo sistémico.

De acuerdo con datos de Naciones Unidas, en Francia, Alemania, Italia, Reino Unido y Estados Unidos, el trabajo doméstico no remunerado se duplicó tanto para hombres como para mujeres. Sin embargo, las mujeres dedicaron cerca de dos horas diarias más a este tipo de trabajos en relación con los varones. Por su parte, en países del Sur global, el tiempo dedicado a las labores de cuidados de las mujeres representaba un promedio de horas mayor incluso antes de la pandemia.

Las mujeres dedican una media de 4.1 veces más tiempo que los hombres en Asia-Pacífico al cuidado no remunerado y al trabajo doméstico. También es probable que esta cifra haya aumentado aún más en la era COVID-19, con el cierre de escuelas, guarderías y hogares de ancianos. Además, en las áreas donde los sistemas de salud están sobrecargados, cualquier responsabilidad extra de cuidado de la familia tiende a delegarse en las mujeres. Esto, a su vez, limita aún más las oportunidades laborales de las mujeres y aumenta su inseguridad económica (Nanthini y Nair, 2020: 6).

Algunas mujeres conservaron sus trabajos remunerados, pero tuvieron que hacerse cargo del incremento de las labores domésticas y de cuidados no remuneradas; otras más perdieron sus trabajos porque tenían que cuidar a sus familias. Según datos de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (2021), más del 50% de las mujeres en la región se encontraban realizando trabajos que serían impactados de manera negativa por la Covid-19. Muchas mujeres de la zona obtenían remuneración a partir del trabajo doméstico que efectuaban en otros hogares. No obstante, durante “el segundo trimestre de 2020, los niveles de ocupación en el trabajo doméstico remunerado cayeron

-24,7% en Brasil; -46,3% en Chile; -44,4% en Colombia; -45,5% en Costa Rica; -33,2% en México; y -15,5% en Paraguay”.

Las mujeres también se han visto perjudicadas por las medidas de confinamiento en el Sur global, debido a que muchas de ellas se dedicaban a los servicios —que no en todos los países fueron considerados como actividad esencial durante la pandemia—, o a la economía informal, por lo que no tenían garantizado el acceso a servicios básicos de salud ni a un ingreso constante y fijo (Nanthini y Nair, 2020: 5). Inclusive, dentro de la economía formal, las mujeres se vieron más afectadas que los hombres. Por ejemplo, en Estados Unidos, el 41% de las mujeres emprendedoras sufrieron pérdidas en comparación con sus contrapartes masculinas (Mathew, 2020: 1371). Sin embargo, el menoscabo de los ingresos fue más profunda para las mujeres que se dedicaban a la economía informal.

En Nigeria, por ejemplo:

Los trabajadores informales, especialmente las mujeres en áreas urbanas y periurbanas, que constituyen alrededor del 52% de la población de Nigeria y producen más del 70% de los alimentos básicos en África, se ven obligados a elegir entre arriesgar sus vidas para obtener ingresos diarios para sobrevivir y morir de hambre (Lenshie, Joshua y Ezeibe, 2021: 755).

En ciertos países del llamado sur global, las políticas económicas no consideraron a las mujeres que se autoempleaban, quienes generalmente tienen que trabajar diariamente para conseguir el sustento económico que les permita alimentarse y garantizar la supervivencia de sus familias (Mathew, 2020: 1371).

En un estudio realizado en Zambia entre marzo y julio de 2020 se encontró, por ejemplo, que todas las mujeres entrevistadas consideraban que tuvieron suministros inadecuados de alimentos y que sus negocios ya no podrían recuperarse tras la pandemia. Además, se registró que todas tenían niveles elevados de

estrés y ansiedad por no poder conseguir los bienes necesarios para alimentar a sus familias o por el miedo a contagiarlos al buscar nuevas formas de garantizar ingresos (Mathew, 2020: 1374-1375). Asimismo, las consecuencias de las medidas de confinamiento no solo afectaron a las mujeres o trabajadoras informales, sino también a las localidades y Estados que dependen de estos ingresos (Lenshie, Joshua y Ezeibe, 2021: 760). Por esa razón, en algunos países se permitió que las mujeres continuaran trabajando en la economía informal con ciertas imposiciones y violaciones a las garantías humanas.

Los protocolos de cierre en Uganda, por mencionar un caso, eximieron a la economía informal y específicamente a los vendedores de alimentos, a quienes se les permitió continuar sus actividades dentro de los mercados en condiciones de cuarentena; las mujeres vendedoras de alimentos no podían moverse fuera de las ubicaciones del mercado y se les pidió que durmieran allí (Ossome, 2021: 73).

A pesar de lo que se ha argumentado, la economía informal no debe ser entendida como una forma económica atrasada que prima en los países del Sur, más bien debería analizarse como una estrategia de supervivencia frente a la implementación de las políticas de ajuste estructural impulsadas por los organismos financieros internacionales desde la década de los ochenta del siglo XX (Lenshie, Joshua y Ezeibe, 2021: 760). La economía informal es una estructura que forma parte del capitalismo y no algo ajeno a él. No obstante, a pesar de la profundización de las inseguridades, injusticias y desigualdades, la organización comunitaria y la economía de subsistencia se consolidaron como alternativas para la supervivencia de diversos grupos.

La colectividad en el centro

Las consecuencias diferenciadas de la enfermedad hicieron que muchas comunidades marginadas replantearan sus formas or-

ganizativas, poniendo en entredicho las propuestas de salud centradas en la individualidad. “Rápidamente se han generado torrentes de actividades, la mayoría no económicas, con el fin de llenar el espacio que dejan la ruptura del habitual ritmo capitalista” (Manrique, 2020). Estos planteamientos no sólo surgieron porque las recomendaciones sanitarias internacionales no consideraban la diversidad cultural en donde el aislamiento social no era posible, sino también porque no todas las personas podían acceder a los servicios médicos. Así, la salud dejó de ser pensada como una decisión individual para replantearse como una responsabilidad colectiva.

Frente al desconocimiento del virus y al bombardeo mediático —que más que informar producía miedo y terror por el lenguaje militar empleado—, algunos colectivos se dedicaron a agrupar datos para difundirlos e informar a las comunidades. En algunas favelas brasileñas, la población comenzó a compilar y compartir información. Además, instauraron colectas y donaciones para comprar materiales de limpieza y alimentos, y se organizaron para monitorear a las personas más vulnerables. En las favelas del Complexo do Alemão y en Mangueiras, por ejemplo, juntaron canastas de alimentos y kits de limpieza para repartirlos entre la población que más lo necesitaba (FASE Rio de Janeiro, 2020: 129-130).

En México, la asociación Salud y Desarrollo Comunitario (SADEC) y la Universidad Autónoma Metropolitana crearon el documento Prevención para una salud digna. Guía para promotores de salud, en donde se explicaba qué es el coronavirus, sus síntomas, el tratamiento, la prevención, y se brindaban algunas instrucciones para hacer gel antibacterial casero, entre otras. Por su parte, en el marco de la campaña #HackearLaPandemia, se proponía comprometer las diferentes configuraciones e instituciones sistémicas desde la diversidad y la reciprocidad. Así, se enunciaría el hackeo de diferentes estructuras, entre las que destacan:

- A. Los sistemas de opresión para crear narrativas que no profundicen las violencias contra las diversidades y las personas subalternizadas;
- B. El hogar para rebelarse desde lo cotidiano y posicionar a la comunidad como territorio de lucha, recuperando los saberes locales y creando solidaridades frente a las carencias estatales;
- C. El status quo para descentralizar el poder, imaginar estructuras diferentes y no volver a la llamada normalidad, donde priman las opresiones y las violencias;
- D. La lógica del capital para defender lo común y la responsabilidad colectiva;
- E. La forma de consumo para recuperar economías del cuidado colectivo y del planeta;
- F. La crisis climática para transformar nuestra interacción con la naturaleza;
- G. El antropocentrismo para conciliar los saberes indígenas de respeto e interacción con la tierra y;
- H. La narrativa del fin del mundo para eliminar los miedos y la jerarquización de las vidas que valen dentro del sistema de producción capitalista.

Es decir, el hackeo planteaba la transformación del sistema capitalista que se sustenta en el individualismo/egoísmo, acumulación y violencia para la reproducción del capital.

En Sudáfrica, la Coalición del Pueblo C-19 (CPC19) también se ha encargado de difundir información y repartir ayuda a las personas más vulnerables. Este grupo consideraba que la distribución de alimentos era uno de sus principales desafíos. Asimismo, señalaban que para ellas y ellos, la población migrante indocumentada estaba incluida en su lista de personas vulnerables a diferencia de las prioridades estatales que excluyen a la otredad (Alexander, 2020: 235).

Frente a las violencias y la incapacidad o falta de voluntad estatal para atender a las poblaciones migrantes, la sociedad se ha organizado para apoyarlas. Ejemplo de esto es la Asociación Bes-

ha Wear - Unión de Africanos en España. Durante los momentos más difíciles de la pandemia, la población migrante que vive en España no podía solicitar ayuda por falta de documentación; la tienda de Besha, en el barrio de Lavapiés, se convirtió en un refugio para ellas y ellos. En el marco de la asociación, se creó la Despensa Antirracista, una iniciativa para preparar y distribuir comida entre quienes la necesitaban. Besha Sita Kumbu, congoleña de origen y su impulsora, consideraba que la alimentación es un derecho básico, por lo que decidió compartir comida con quienes más lo necesitaban en el contexto de crisis. Asimismo, comenzó un registro de las personas que llegaban a su tienda para ir tejiendo con la comunidad (Caballero, 2020).

La Asociación Besha Wear colabora con otras organizaciones, como World Central Kitchen, Sindicato de Manteros y SOS Racismo, esto para garantizar las necesidades básicas no sólo de las poblaciones migrantes sino de aquellas que lo requerían en el contexto de la pandemia. El proyecto se ha logrado mantener gracias a los donativos de la población, sin embargo, a lo largo de 2020 se enfrentaron a una disminución considerable de estos ingresos. No obstante, esto no desmotivó a quienes participaban en el proyecto. Al contrario, comenzaron a buscar nuevas formas de financiamiento, como la iniciativa de las mascarillas solidarias, que es una propuesta en la que se diseñan, cosen y venden cubrebocas para generar ingresos y continuar con las despensas antirracistas (Caballero, 2020).

Estas muestras de solidaridad y apoyo mutuo también se han observado en otras partes del mundo. En México, por ejemplo, se han organizado colectas por parte de universidades y la sociedad civil para proporcionar alimentos y bienes básicos a los migrantes que atraviesan el territorio. Así, a pesar de que la respuesta estatal frente a la migración ha sido la violencia y la criminalización, también ha habido muestras de empatía y solidaridad que nacen desde la sociedad.

Posicionar a la colectividad en el centro también ha implicado replantear nuestra relación con la naturaleza, porque para prote-

ger la vida humana es indispensable considerar que somos parte de la naturaleza y que las riquezas de las que disponemos son finitas. El origen del coronavirus ha sido explicado desde diferentes perspectivas, y a pesar de la fuerza que en algún momento tuvo el planteamiento de que el SARS-CoV-2 fue un diseño de laboratorio, la hipótesis más aceptada es la del origen animal, la cual nos obliga a cuestionar la escisión irreconciliable entre la naturaleza y el desarrollo al que aspira la humanidad bajo el sistema capitalista.

“El salto de un virus del animal al humano debe leerse de esta forma, que nos recoloca en esta posición de ser parte del mundo natural con sus azares, que muchas veces creemos dominados” (Segato, 2020: 409). Asimismo, esto nos invita a reflexionar sobre las transformaciones climáticas que está provocando la forma de producción y acumulación capitalista. Las economías del cuidado y de subsistencia, en ese sentido, podrían proporcionarnos algunas pinceladas para modificar el sistema de explotación.

En el contexto de la pandemia, el ethos de subsistencia, ampliamente criticado por las lógicas de acumulación capitalista, fue una praxis que garantizó la supervivencia de diversas comunidades. En Etiopía, el 80% de la población vive en zonas rurales y la economía de subsistencia, no la asistencia estatal, fue la que permitió sostener la vida de la población durante la propagación del virus (Ossome, 2021: 75). De tal suerte que promover las economías del cuidado y de la subsistencia, desde la colectividad, sea esencial para modificar las estructuras de opresión del sistema, sobre todo considerando la crisis climática a la que nos enfrentamos.

Colectivizar las labores reproductivas —como las ollas comunes impulsadas por las mujeres chilenas y peruanas frente a la inflación de los 80 (Federici, 2009: 726-727)—, es uno de los principales aprendizajes que se cruzan con esta pandemia. En Sudáfrica, las redes de cuidados fueron centrales para proteger a las personas frente a las injusticias y a la enfermedad. Además, para muchas comunidades sudafricanas, no compartir los ali-

mentos cuando se tiene acceso a ellos es algo mal visto e inclusive llega a ser tabú. Así, durante la pandemia, quienes conservaron sus ingresos apoyaban a los demás para que no pasaran hambre. “En el Cabo Oriental, la incubadora Bulungula creó un hogar seguro para proteger a los ancianos, distribuyó paquetes de alimentos cuando se detuvo el plan de alimentación escolar y entregó plántulas para que la gente cultivara verduras” (Jamieson y van Blerk, 2021: 6).

La pandemia también profundizó la inseguridad alimentaria de millones de personas alrededor del mundo, lo cual está vinculado con la pérdida de trabajos. En Sudáfrica, la población local hizo frente al hambre a través de la asistencia vecinal y de la ayuda mutua. Por su parte, en Belo Horizonte, Brasil, hubo:

‘Restaurantes populares’ que sirven cada día miles de platos saludables subsidiados; tiendas de frutas y vegetales subsidiados; un banco de alimentos que recupera alimentos desechados y entrega comidas preparadas a organizaciones sociales, y puestos de venta de productos agrícolas que conectan en forma directa a pequeños agricultores con los consumidores urbanos (Kesselman, 2021).

Ante las injusticias agudizadas durante la pandemia, la sociedad se ha organizado para generar alternativas que ponen de manifiesto la importancia de las economías de los cuidados y de subsistencia. Compartir la comida y cultivar los alimentos han sido formas de sobrevivir frente al incremento de las violencias que ha traído la pandemia del SARS-CoV-2, las cuales requieren de un menor gasto energético que la producción en masa y generan menos desechos. Por eso, estas propuestas deberían permanecer en nuestras socialidades para realmente hackear al sistema.

Consideraciones finales

El virus del SARS-CoV-2, que produce la enfermedad de la Covid-19, evidenció las desigualdades en las que se sustenta el sistema para su reproducción. Sin embargo, la pandemia no sólo mostró lo violento de esta organización social, sino que también profundizó las injusticias que garantizan la acumulación y valorización de capital de un pequeño porcentaje de la población. Las recomendaciones establecidas por organismos internacionales para la contención de la enfermedad no consideraron la diversidad cultural y omitieron las disparidades de la infraestructura, recursos y capacidades de los diversos pueblos y territorios del mundo. Así, aunque la Covid-19 es una enfermedad que puede afectar y poner en riesgo la salud y supervivencia de todas las personas, las maneras en las que se ha interactuado y vivido con la enfermedad han sido diferenciadas.

Las formas en las que se relacionan los ejes de dominación del sistema en las diferentes corporalidades han sido fundamentales para entender las consecuencias e implicaciones de la enfermedad en los diversos grupos sociales. Así, se ha demostrado que las poblaciones migrantes, racializadas, feminizadas y empobrecidas han sido las más violentadas tanto por el sistema capitalista como por la presencia de la enfermedad. Asimismo, estos sectores son los que cuentan con menos herramientas institucionales para poder cuidar y proteger su salud, y han sido los últimos considerados para el control y prevención del virus como demuestra la desigual distribución de las vacunas.

Los modos de hacer frente a la Covid-19 por parte de los sujetos hegemónicos a nivel mundial han enfatizado, nuevamente, el individualismo y egoísmo de sus intereses. De tal suerte que aunque se afirma que el SARS-CoV-2 pone en riesgo la seguridad internacional, el acaparamiento de vacunas y el lucro farmacéutico han sido constantes durante la pandemia. Por eso, aunque los decesos se concentraron en los países desarrollados e incluso en cuerpos masculinos, los efectos secundarios y las violencias

se agudizaron en función de la lejanía de las distintas corporalidades en relación con el ideal del sujeto moderno y hegemónico.

Las poblaciones migrantes, que desde inicios del siglo XXI comenzaron a ser fuertemente criminalizadas, han sido ampliamente perjudicadas por las medidas nacionales para contener el virus. Muchas de estas personas migrantes han muerto en su camino de regreso. Algunas más han quedado varadas en los países de destino o tránsito sin la posibilidad de que se les garantice el mínimo bienestar. Por su parte, las mujeres también se han enfrentado al incremento de las injusticias y violencias por las medidas de confinamiento, las cuales las aíslan con sus agresores e incrementan los tiempos que dedican a las tareas domésticas no remuneradas. Las mujeres también se ven afectadas porque un porcentaje elevado de ellas se dedica a la economía informal o a los servicios, lo que dificulta mantener ingresos constantes para su bienestar y el de sus familias.

Las violencias que se ejercen en contra de estas poblaciones están atravesadas por cuestiones de raza, género, clase, nacionalidad, entre otras. Sin embargo, estas no son pasivas y han promovido alternativas que se centran en lo colectivo. Las despensas solidarias, las cocinas comunes, los cuidados vecinales, el intercambio de información de manera horizontal, entre otras, son algunas de las actividades y praxis políticas que permitieron la subsistencia de los grupos marginalizados. Las economías del cuidado y de la subsistencia desde la colectividad fueron claves para la salud y bienestar de miles de poblaciones que no tenían acceso a servicios básicos de salud o que no podían cumplir con las recomendaciones sanitarias internacionales. Estas propuestas, además de colectivizar los cuidados y los trabajos domésticos, no separan a lo humano de lo natural. Asimismo, su consumo energético y la producción de desechos es mínima en relación con las propuestas hegemónicas. Por esa razón, comprometerse con la comunidad, desde la solidaridad, el diálogo y el respeto, es una apuesta que deberíamos revitalizar en este contexto de crisis socioambiental.

Referencias

ACNUR Comité Español (2019). Escasez de agua en el África Subsahariana. <https://eacnur.org/blog/escasez-de-agua-en-africa-subsahariana-tc-alt45664n-o-pstn-o-pst/>

Agamben, G. (2020). La invención de una epidemia. En P. Amadeo (ed.) *Sopa de Wuhan. Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio*.

Ahmed, A. and Jackson, J. (2021). Race, Risk and Personal Responsibility in the Response to Covid-19. *Columbia Law Review*, 121(3), 47-70. <https://www.columbialawreview.org/content/race-risk-and-personal-responsibility-in-the-response-to-covid-19/>

Alexander, K. (2020). Hambre, ira y un nuevo movimiento social en Sudáfrica. En B. Bringel y G. Pleyers (eds.) *Alerta global: políticas, movimientos sociales y futuros en disputa en tiempos de pandemia*. CLACSO.

Batthyány, K. (2020). Covid-19 y la crisis de cuidados. En B. Bringel y G. Pleyers (eds.) *Alerta global: políticas, movimientos sociales y futuros en disputa en tiempos de pandemia*. CLACSO.

Caballero, C. (2020, 13 de Septiembre). La Despensa Antirracista, una red de solidaridad en el corazón de Madrid. *El País*. https://el-pais.com/elpais/2020/09/10/migrados/1599731049_494119.html

Castillo, R. and Amoah, P. (2020). Africans in post-COVID-19 pandemic China: is there a future for China's 'new minority'? *Asian Ethnicity*, 21(4), 560-565. <https://doi.org/10.1080/14631369.2020.1773760>

CEPAL (2021). La pandemia del COVID-19 generó un retroceso de más de una década en los niveles de participación laboral de las mujeres en la región [Comunicado de Prensa] <https://www.>

cepal.org/es/comunicados/la-pandemia-covid-19-genero-un-retroceso-mas-decada-niveles-participacion-laboral

Crenshaw, K. (1991). Mapping the Margins: Intersectionality, Identity Politics, and Violence against Women of Color. *Stanford Law Review*, 43(6), 1241-1299. <https://doi.org/10.2307/1229039>

Echeverría, B. (2009). ¿Qué es la modernidad? Cuaderno del Seminario de Modernidad: visiones y dimensiones. UNAM.

FASE Río de Janeiro (2020). La pandemia desde las favelas: desigualdades e injusticias en Río de Janeiro. En B. Bringel y G. Pleyers (eds.) *Alerta global: políticas, movimientos sociales y futuros en disputa en tiempos de pandemia*. CLACSO.

Federici, S. (2019). *Re-enchanting the world. Feminism and the Politics of the Commons*. Kairos books.

Galindo, M. (2020) *Desobediencia, por tu culpa voy a sobrevivir*. En P. Amadeo (ed.) *Sopa de Wuhan. Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio*.

Hackeo Cultural (2020). *Hackear la pandemia v 1.1. Estrategias narrativas en tiempos de Covid-19*. <https://hackeocultural.org/wp-content/uploads/2020/04/HackearLaPandemia-1.1-HackeoCultural.pdf>

Haraway, D. (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Cultura Libre.

Holder, J. (2021, 16 de Octubre). *Tracking Coronavirus Vaccinations Around the World*. *The New York Times*. <https://www.nytimes.com/interactive/2021/world/covid-vaccinations-tracker.html>

Jamieson, L. and van Blerk, L. (2021). *Responding to Covid-19 in South Africa - social solidarity and social assistance*. *Children's Geographies*. DOI: 10.1080/14733285.2021.1924359. <https://doi.org/10.1080/14733285.2021.1924359>

Jeandesboz, J. and Pallister-Wilkins, P. (2016). Crisis, Routine, Consolidation: The Politics of the Mediterranean Migration Crisis. *Mediterranean Politics*, 21(2), 1-5. <https://doi.org/10.1080/13629395.2016.1145825>

Kay, J. (2020). “Stay the fuck at home!”: feminism, family and the private home in a time of coronavirus. *Feminist media Studies*, 20(6), 883-888. <https://www.eupublishing.com/doi/abs/10.3366/legal.2021.0005?journalCode=legal>

Kesselman, B. (2021, 23 de Septiembre). Lo que reveló la Covid-19 sobre el hambre. *El País*. <https://elpais.com/planeta-futuro/red-de-expertos/2021-09-24/lo-que-revelo-la-covid-19-sobre-el-hambre.html>

Lenshie, N., Joshua, M. and Ezeibe, C. (2021). COVID-19 pandemic and informal women workers in peri-urban communities in Nigeria. *Local Environment*, 26(6), 754-769. <https://doi.org/10.1080/13549839.2021.1923001>

Lugones, M. (2011). Hacia un feminismo descolonial. *La manzana de la discordia*, 6(2), 105-119. <https://doi.org/10.25100/lamanzanadeladiscordia.v6i2.1504>

Manrique, P. (2020). Hospitalidad e inmunidad virtuosa. En P. Amadeo (ed.) *Sopa de Wuhan. Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio*.

Mariscal, Á. (2021, 6 de Septiembre). Integrantes de la cuarta caravana piden diálogo; agentes migratorios los cazan. *Pie de Página*. <https://piedepagina.mx/integrantes-de-la-cuarta-caravana-piden-dialogo-agentes-migratorios-los-cazan/>

Mathew, N., Deborah, I., Karonga, T. and Rumbidzai, C. (2020). The impact of COVID-19 lockdown in a developing country: narratives of self-employed women in Ndola, Zambia. *Health Care for Women International*, 41(11-12), 1370-1383. <https://search>.

bvsalud.org/global-literature-on-novel-coronavirus-2019-ncov/resource/es/covidwho-1263586

Maunganidze, O. and Abebe, T. (2020). Implications of the Covid-19 pandemic for the Africa-UE Partnership Agenda on Migration and Mobility: A Continental Perspective. *Istituto Affari Internazionali*, 1-19. <https://www.iai.it/en/publicazioni/implications-covid-19-pandemic-africa-eu-partnership-agenda-migration-and-mobility>

McCann, G. and Matenga, C. (2020). COVID-19 and Global Inequality. En P. Carmody, G. McCann, C. Colleran and C. O'Halloran (eds.) *COVID-19 in the Global South. Impacts and Responses*. Bristol University Press.

Nanthini, S. and Nair, T. (2020). Covid and the Impacts on Women. *NTS Insight*, 1-12. <https://www.rsis.edu.sg/rsis-publication/nts/covid-19-and-the-impacts-on-women/#.YfYoehP0lB0>

International Organization for Migration (s.f). *Migration Factsheet No. 6 – The impact of COVID-19 on migrants*. https://www.iom.int/sites/g/files/tmzbd1486/files/our_work/ICP/MPR/migration_factsheet_6_covid-19_and_migrants.pdf

World Health Organization (s.f). *WHO Coronavirus (COVID-19) Dashboard*. Recuperado el 16 de octubre de 2021 de: <https://covid19.who.int/>

United Nations (2020). *Time spent in unpaid work; total work burden; and work-life balance*. DESA Statistics. Recuperado el 30 de enero de 2021 de: <https://worlds-women-2020-data-undesa.hub.arcgis.com/apps/6f02cbbfb8d34cb7806d21f4bd14e826/explore>

ONU Mujeres (2020). *Violencia doméstica durante la Covid-19. Herramientas de orientación para empleadores, empleadoras y empresas. Campaña de solidaridad La pandemia en la sombra*. <https://www2.unwomen.org/-/media/field%20office%20mexico/documentos/publicaciones/2020/junio%202020/>

violencia%20domstica%20durante%20la%20covid19%20herramienta%20de%20orientacin%20para%20empleadores%20empleadoras%20y%20empre.pdf?la=es&vs=503

Ossome, L. (2021). The care economy and the state in Africa's Covid-19 responses. *Canadian Journal of Development Studies*, 42(1-2), 68-78. <https://doi.org/10.1080/02255189.2020.1831448>

Rodríguez, C. (2007). Economía del cuidado, equidad de género y nuevo orden económico internacional. En A. Girón y E. Correa (coords.) *Del Sur hacia el Norte: Economía política del orden internacional emergente*. CLACSO.

Segato, R. (2020). Todos somos mortales: el coronavirus y la naturaleza abierta de la historia. En B. Bringel y G. Pleyers (eds.) *Alerta global: políticas, movimientos sociales y futuros en disputa en tiempos de pandemia*. CLACSO.

Suhardiman, D. Rigg, J., Bandur, M., Marschke, M., Miller, M., Pheuangsavanh, N., Sayatham, M. and Taylor, D. (2021). On the Coattails of globalization: migration, migrants and Covid-19 in Asia. *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 47(1), 88-109. <https://search.bvsalud.org/global-literature-on-novel-coronavirus-2019-ncov/resource/es/covidwho-925970>

Vilches, M., Castillo J. and De Haymes, M. (2021). International Migration in the Central and North American Regions in the COVID-19 Pandemic Context. *Journal of Poverty*, 1-16. <https://doi.org/10.1080/10875549.2021.1978609>

Žižek, S. (2020). El coronavirus es un golpe al capitalismo a lo Kill Bill. En P. Amadeo (ed.) *Sopa de Wuhan. Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio*.